



Versaciones de un chupaplumas

Que ya veremos **si va a resultar** o no



Que lo escribí así, en rojo, adrede, para al manejar los papeles recordar que no quería correr más riesgos, ni cometer nuevas imprudencias, ni que nadie me pusiera la cara colorada ni una sola vez más; pero volví, a pesar de todas mis precauciones, a sentirme frustrado porque, contra lo que yo tenía previsto y planeado, él no me mira con cara de no comprender, ni protesta “!Eso lo dirás tú!”, ni me da ninguna de las respuestas que no fuese yo capaz de imaginar que me daría mientras me fijaba en las manos del anciano porque se me ha olvidado, ido de la cabeza preguntarle aquello de que quién que no fuera un imbécil habría aceptado meterse en semejante lío.

Así que supongo que nos quedaremos callados, sin saber por dónde seguir, otra vez mirando por la ventana pero sin que en esta ocasión se me ocurra echar cuenta de si los cristales están limpios o no; y sin dibujar redondeles ni casitas ni arboles, ni chimeneas ni humo ni... ¡Nada de nada!

La mañana, además, está siendo hoy muy tranquila aquí, en el ministerio, de manera que ni siquiera puedo refugiarme en mis aburridos expedientes y toda mi actividad se reduce a pensar, discurrir, tratar de hallar una pista, un indicio que me pueda orientar de qué momento ni qué circunstancia propiciaron que mi vida tranquila y apacible se torciera, cambiara su sereno transcurrir y me enfrentara con toda esta vorágine...

Miro el reloj y como veo que aun falta un rato largo para que den las tres me dedico a, por matar el tiempo, jugar con el abanico de las posibles causas que pudieron llevar a que la señora de Ramírez hijo — creo que de momento será mejor que la continúe llamando así, porque si estaba justo entrando por la puerta parece obvio

Que ya veremos **si va a resultar** o no

que *puede llamarme Sonia* tuvo que decirlo después — llegase tan malhumorada y protestando de una lluvia que a pesar de que sus cabellos chorreaban yo no terminaba de ver porque, puedo recordarlo claramente puesto que habían pasado apenas unas horas, la tarde estuvo bastante despejada y ella, me parece estarla viendo, sentada en la butaca en la habitación que en los últimos días venía reconociendo como su pequeño cuarto de estar de siempre; mirando cómo las formas de las nubes se iban modificando para dejar de ser el mapa de algún país en el que nunca estuvo y convertirse¹ tal vez en un dragón monstruoso, rugiente y amenazante, arrasando, abrasando, reduciendo a cenizas con su lengua de fuego todo cuanto encontrara... en su camino.

Anda que qué mal humor tengo.

Luego bostezó y se excusó con el posible dragón, quizás, alegando que eso de imaginativa tan sólo era una suposición que a saber si de verdad había pasado por la mente de alguien o era visto cara a cara tan temible aunque fuese nada más como hipótesis con poco fundamento; o bostezó tan solo sin haber recapitado ni por un momento que fuera esto o lo otro o sin, incluso, haberse percatado de que estuviese existiendo, tan distraída y pensando en sus cosas.

De cualquier modo se puso en pie.

Y se sabe que se acercó a la ventana para a la luz de la farola mirar el reloj si bien, como no dijo a nadie qué hora vio, se alberga una duda razonable al respecto y

¹ Aunque sólo en el caso de que se fuese muy imaginativa. (Que está por ver).

Que ya veremos **si va a resultar** o no

se sospecha únicamente que ya debía de haber caído la tarde.

¿Sentía pereza?

Cabe inferirse que sí puesto que era persona hogareña, en primer lugar; y en lugares posteriores pero sin tener que desvivirse por establecer un orden riguroso:

a) porque no tenía costumbre de arreglarse tan tarde.

b) porque no sabía qué tenía que ponerse.

c) porque el único billete que tenía se le antojaba demasiado grande para el taxi.

d) porque había olvidado además el nombre de aquel sujeto y, encima, no habían concretado nada como quien dice acerca de los niños².

A lo mejor recordaba, si se ponía en situación y era capaz de concentrarse, haberlos mencionado, haber dicho aunque de pasada y atenta a otro quehacer los estoy acostando; y podría recordar también, ya encarrilada, haber instado a aquel tipo a espérame, que iré en seguida, ya sabes que me expreso mejor en persona que a través de este aparato y con las manos manchadas de harina, oliendo además a pescado.

Pues porque dijiste: unos salmonetes.

– Nos estamos liando.

Querías unos salmonetes para cenar.

² Si es que habían llegado a hablar de los niños. (Comprobar)

Que ya veremos **si va a resultar** o no

Resultaba obvio que eran pequeños³, que ya era algo.

No se decidía, sin embargo, a afirmar de manera rotunda nada en lo referente a cuántos. Y si es verdad que dio por hecho, de forma espontánea, que eran dos, no se podía descartar del todo la posibilidad de estarse equivocando. Y, además, tenía la absoluta certeza de ignorar si pertenecían al mismo sexo⁴.

En el dormitorio demoró el mirarse al espejo por temor a que el no sorprenderse de sí misma le causara la familiar sensación de extrañeza que la sumiría, como se había convertido en querencia, en un mar de dudas agitadas, oscuras y embravecidas, que acostumbraba imaginar estrellándose contra las lunas del armario devolviendo o incluso vomitando una imagen ni más inadecuada ni mas propia que cualquier otra para el fin que a alguien, en algún lugar, se le resistía una vez tras otra.

—Estoy harta — informó, a quien correspondiese, con la mirada en los dibujos de la alfombra — de no llegar jamás al final de algún camino.

Y se sintió rota en tantos trozos tan perdidos como los tiempos de todas sus vidas; mareada y con deseos de acostarse, así, sin ni quitarse la ropa que tenía puesta, ni cenar ni repasar las luces o si la puerta estaba bien cerrada, y dormir, mucho, todo lo que quisiera

³ Ojo a no confundir con los salmonetes.

⁴ O cuántos, caso de que se estuviese tratando de los salmonetes — en cuyo caso la cuestión del sexo habría de obviarse —, serían necesarios (o “suficientes”) por ración.

Que ya veremos **si va a resultar** o no

cuando qué ni quién podría impedirlo cuando nada ni nadie la apremiaba.

Pero, no. No se podía meter en la cama y hacerse un ovillo. Sería una irresponsabilidad de la que era muy poco probable que nadie viniese a pedirle explicaciones, eso ya lo sabía, pero temió que el solo hecho de pensar en cometerla la hiciera sentir una culpabilidad de la que ignoraba de qué manera acertaría a liberarse de una forma nueva.

Así que decidió no pensarlo bajo el pretexto, sensato por otra parte, de que no se conocía lo bastante bien para correr el riesgo.

—Bueno — se dijo —, pues si no vas a cometerla, espabila.

O si se conocía pero desconfiaba. A su manera.

Había desperdiciado un numero indeterminado de esfuerzos intentando desconfiar igual que todo el mundo antes de convencerse de que, a la vista de tanto fracaso, parecía evidente que estaba condenada le agradara o no a desconfiar de una forma un tanto atípica... si, puede, pero no menos fiable, a fin de cuentas y decidida a superar el golpe, que cualquiera de tantísimas otras con las que no acertó a identificarse ni aprendió a dominar a la hora de no dejarse seducir por unas apariencias que desaparecerían, se esfumarían sin haber tenido siquiera tiempo de encariñarse, siempre poco, con ellas.

Y recordaría, luego, si las cosas no se complicaban de forma que la vida se volviera tan intensa que sólo cupiese vivir el presente, al hilo y al momento y sin tiempo siquiera de echar la vista atrás un instante apenas, que al descruzar las manos se vio de refilón los

dedos y, el meñique de la mano derecha sobre todo, le recordó a los niños.

¿Pero que sucedería si se complicaban?

Pues que no recordaría, está bien claro.

—Eso se dice muy pronto — hubiese dicho; pero como no había quien la escuchase nada mas lo pensó.

De todos modos y aunque pudiese parecer una niñería, si hubiera ante quien elevar la correspondiente súplica ella rellenaría con letra grande y clara el formulario pertinente solicitando conservar estas manos; pensó... «Y si cuela, cuela».

Y, si le cupiera, en ese espacio tan pequeño destinado a observaciones esgrimiría argumentos tales como que pobrecitos, necesitaban una madre como Dios manda porque... «Yo... ¿Qué edad deberé de tener ya?».

Bueno. Ahora se tenía que vestir y arreglar. Había dicho voy para allá y ella era una mujer responsable, o quería serlo, o se quería comportar igual que si quisiera serlo; que es, hasta donde la memoria le alcanzaba, lo que había hecho siempre poniendo toda la carne en el asador y aplicando todo su brío a tareas tan poco apasionantes como el permanecer ociosa, tardes enteras, arrancándose un granito de un brazo o un pelo de una ceja y contemplando, apática, el rodar de los coches por el escaléxtric.

Al ponerse en pie se encaró con el espejo de la puerta del armario y, aunque la abrió con decisión y el movimiento fue rápido, tuvo tiempo según la deslizaba de acertar a sospechase. O de verse, por error quizás, pero claramente y sin ambages; tal cual era y frente a frente.

Que ya veremos **si va a resultar** o no

Hubiera debido sentir uno de esos malestares tan enormes que la obligan a una a, con lo primero que pillá, darse un poco de aire. Y el no sentirlo la inquietó.

De cualquier modo se podía ir tranquilizando porque la habitual sensación extraña que invariablemente le causaba el no sorprenderse de sí misma, hoy, sin saber por qué, no se había producido.

Le pareció tan raro que pensó si esperar unos minutos por si se trataba de algún desajuste, algún problemilla de sincronización; pero se le estaba haciendo decididamente tarde y optó por tirar para adelante aunque fuese sin el inveterado temor que, no atenazándola, le dejó un desagradable vacío en la boca del estómago.

—Volverás pronto — auguró. Y como para sí, pasándose la mano por el pelo —: Esta ausencia no puede durar mucho.

En las perchas estaban sus vestidos y, en cajas alineadas, los zapatos que hacía siglos que ya no se ponía; con los letreros que antaño les pusiera, «rojos tacón», «sport beige», «ante negros».

¿Y las sandalias negras de tacón de aguja?

Pensando, un poco.

Porque pensando un poco se termina, ¡seguro!, recordando... Pero, y si no era verano, ¿qué?

Ella tenía más bien calor, desde luego.

Pero podía ser un calor anticuado, de antes, de alguna vez en que bajo los efectos de un golpe de frivolidad fuera de vacaciones a algún exótico paraje tropical con cocoteros y palmeras del que no conservaba ni rastro de

Que ya veremos **si va a resultar** o no

memoria; tenía sí una remota noción de que estaba empezando a llover, aunque dudó entre tomarla en cuenta y sentirse bajo la amenaza de un tifón o sospechar que se lo había dicho para que se desanimara y no fuese.

–Pues me vas a oír — le dijo⁵.

–Puede estar actuando igual que tú: obedeciendo órdenes — se contesto, revisando las prendas⁶.

⁵ Al marido.

⁶ Y, las páginas, a lo tonto a lo tonto, ocho. (Y sólo desde después del bocadillo de las once, como quien no quiere la cosa).